

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO VII.

MADRID 4.º DE ABRIL DE 1880.

NUM. 73.



LA ESPIGADORA.

Cuando el sol tras las crestas
 pardas del monte,
 á las flores del prado
 de luz colora;
 cuando entonan sus trinos
 los ruiseñores
 y sonríe en Oriente
 bella la aurora;
 Cuando la noche acaba
 y el día empieza,
 y se despierta el mundo
 lleno de vida;
 cuando extiende sus galas
 naturaleza,
 sale de su cabaña,
 de su guarida.
 Sufriendo resignada
 suerte tan dura,
 escudriña los campos
 que están segados;
 y llevando á su lado
 la criatura,
 recoge los manojos
 que halla tirados.
 Y despues que la tarde
 lenta declina,
 vuélvese presurosa
 con su hijo amado;
 estrechando en sus brazos
 la flor divina,
 que Dios en recompensa
 dulce le ha dado.

R. H.



ARREPENTIMIENTO TARDÍO.

CONCLUSION.



abia una fuerte lu-
 cha en mi interior;
 pero no quise recono-
 cer mi culpa, y contes-
 té: «Sí; á él se le perdona to-
 do porque es el más pequeño,
 pero á mí nada.»

Sin responderme, me cogió mi ma-
 dre por la mano y me encerró en un
 cuarto. «Te traeré tus libros para que
 aprendas la leccion para el colegio, y
 te quedarás aquí solo hasta la noche á
 pan y agua.»

Describir la tristeza que se apoderó
 de mí durante las largas horas de mi
 encierro, sería muy largo. Repetidas
 veces intenté abrir la puerta, pero en
 balde, pues estaba bien cerrada. Por
 la ventana podia mirar al jardin y á la
 calle. Ricardito estaba muy triste.
 ¡Cuán dura me parecia mi soledad
 y el no poder correr con mi querido
 hermano!

Para pasar mejor el tiempo, estudié
 mis lecciones, aprendí una fábula de
 Iriarte y escribí un verbo. Cansado
 de estudiar, me acerqué á la ventana
 y ví á mi hermano que la criada
 llevaba de la mano. En el mismo ins-
 tante miraron los dos á la ventana, y
 Ricardito, enseñándome una jaula, me
 hizo mil señas que yo no entendí; y

con sentimiento los ví internarse en la ciudad.

Triste y pensativo volví á mi estudio, pero al poco rato me puse á la ventana para esperar la vuelta de mi hermano. No esperé mucho; y lo ví con la criada apresurándose volver á casa. La criada, chica de corta edad, se puso á mirar un escaparate; y mi hermanito, que tenia mucha prisa por llegar á casa, quiso continuar su camino.

¡Ah! hijitos míos, ¿cómo os diré lo que sentí en aquel instante? Ricardo soltó la mano de la criada; un coche pasó en aquel instante; apercibiéndose del peligro, quiso retroceder, su pié resbaló y cayó al suelo; los caballos se pararon, pero fué demasiado tarde... No pude ver más, pues me desvanecí.

Cuando volví en mí, oí la voz de mi padre que me decia: «Reponte, Juanito, Ricardo quiere verte.» Entónces recordé todo lo que habia pasado.

«¿Está herido? ¿vive todavía?»

«Sí, vive todavía,» contestó sencillamente mi padre, «pero ven pronto.»

«¡Vive! ¡vive!» me decia yo rebotando el corazon de gozo, «¡qué alegría! En lo sucesivo seré bueno con él y le haré olvidar mi mala conducta.»

Al entrar en el cuarto no ví nada, porque las ventanas estaban cerradas. Pronto pude distinguir á mi hermanito en la cama de mi mamá, y esta

de rodillas á su cabecera. Estaba muy pálido y tenia cerrados sus hermosos ojos negros. Sentóme mi padre en la cama y besé cariñosamente su frente. Abrió sus ojos, rióse y quiso tenderme su manita, pero el esfuerzo le arrancó un grito de dolor. Le acaricié; esto pareció calmarle. Al cabo de algunos instantes, abrió de nuevo los ojos, y al reconocermé, dijo: «Mamá, dí á Juanito que he encontrado otro Mimi para él.»

Pero súbitamente su carita se demudó y dejóse de oír su respiracion. Aterrado, cogí su mano entre las mias... mi hermanito se habia ido al cielo.

.

Callóse el abuelo, sus labios temblaban de emocion. María lloraba á lágrima viva, y Pablo contenia con dificultad las suyas; acercóse á su abuelo, y echándose á su cuello, le dijo: «En adelante quiero ser bueno con mi hermana, y con todos los que me rodean pues podrian irse como Ricardo, y entónces el arrepentimiento llegaria tarde.»

LA TOMA DE JERICÓ.

Muertos Moisés y Aaron, los caudillos del pueblo de Israel durante su peregrinacion por el desierto, Josué recibió el encargo de dirigir los destinos del pueblo y conquistarle el país de Canaan. Josué, modesto y humilde, dudó de que fuese digno de tan alto



puesto, y capaz de llevar á cabo tan difícil empresa.

Pero Dios le prometió su ayuda y le hizo ver en una vision al príncipe de los ejércitos celestiales, vestido de guerrero y pronto á esgrimir su valiente espada en favor de los Israelitas. Y para que por otra parte el pueblo le demostrase respeto y tuviese confianza en su nuevo jefe, dispuso Dios que atravesara el rio Jordan, que forma la frontera de Canaan, de la misma manera milagrosa que bajo el mando de Moisés habia pasado el mar Rojo.

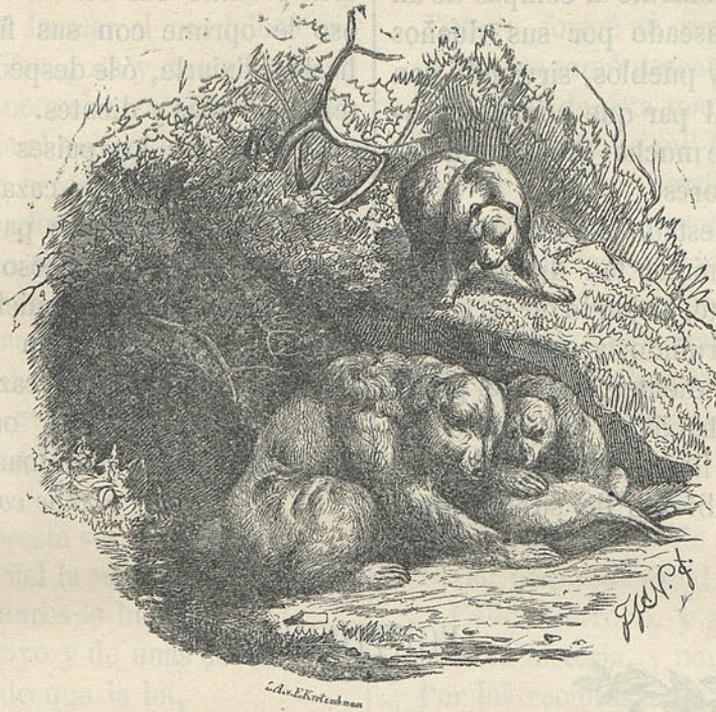
Las aguas del rio, en lugar de seguir su curso natural, se amontonaron á derecha é izquierda dejando enmedio un sitio enjuto por donde el pueblo pasó.

Allende el rio se encontraron los Israelitas frente á la rica y poblada ciudad de Jericó, cuyos muros parecieron inexpugnables. Pero Dios se sirvió de esta ocasion para manifestar-

les todo su poder. Los altos muros cayeron á plomo cuando los Israelitas obedientes al mandato divino dieron por sétima vez la vuelta alrededor, y la ciudad cayó indefensa en sus manos.

Esta señalada victoria la obtuvieron como recompensa de su obediencia; porque bien hubieran podido preguntar de qué les serviria el dar vueltas y más vueltas sin atacar siquiera los muros; tampoco les faltarian burlas y escarnio de parte de los sitiados, que desde lo alto de las murallas verian con desden tan extraño espectáculo. Pero á pesar de los escarnios de los paganos y de sus propias dudas, se fiaron en la palabra divina y la ejecutaron al pié de la letra.

Si nosotros aprendiésemos á seguir tan laudable ejemplo, pronto veriamos que Dios, hoy lo mismo que en aquellos dias, ayuda y bendice á los que fielmente le obedecen.



EL OSO.

Hé aquí toda una familia de osos. Padre é hijuelo han cogido un pobre carnero, y llevándolo la presa á su cueva, se disponen á gustar el sabroso bocado, mientras que la madre guiada por su fino olfato vuelve presurosa á tomar parte en el festin. Sin embargo, el banquete puede costarles caro; pues es de suponer que los pastores, en cuyo rebaño se ha hecho el robo, perseguirán á los ladrones sin tregua ni descanso hasta hacerles pagar con su vida la del pobre carnero. Es natural que los pastores y labradores sean enemigos encarnizados del oso, porque alimentándose éste mayormente de carne, hace

grandes estragos en los ganados en cuyas cercanías tiene su domicilio; y gracias á tan constante persecucion ha desaparecido de todas las comarcas bien pobladas de Europa, hallándose tan solamente en algunas sierras muy ásperas é inaccesibles, como la Nevada, los montes de Asturias, los Alpes, etc.

Por esta razon no seria fácil que llegaseis nunca á ver un oso vivo, á no ser porque este animal, cogido pequeño, se domestica fácilmente; y aprendiendo varios movimientos, por ejemplo, á sostenerse sobre su patas traseras, á hacer el ejercicio con un palo, y hasta

á bailar groseramente al compas de un tambor, es paseado por sus dueños por ciudades y pueblos, sirviendo con sus groseras al par que cómicas gesticulaciones de mucha diversion á pequeños y mayores.

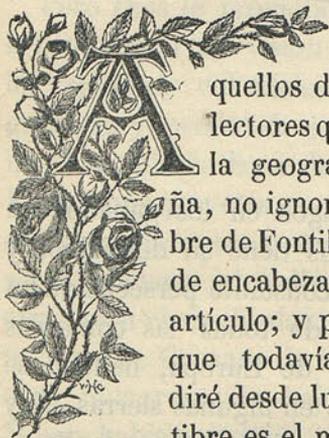
Pero en el estado natural ó salvaje el oso no es animal tan divertido; se irrita fácilmente, dejando oír en su furia un fuerte gruñido, acompañado de un crujido de dientes; ¡ay del pobre cazador, que habiendo disparado sobre el oso sin llegar á matarlo, cae en los terribles abrazos de su enemigo!

está perdido sin remedio; porque el oso le oprime con sus fuertes patas hasta asfixiarle, ó le despedaza con sus terribles uñas y dientes.

Por eso en los países donde abundan los osos, los cazadores se sirven de varios artificios para cogerles. El modo ménos peligroso es embriagarlos, presentándoles miel, de que son muy golosos, mezclada con aguardiente; otras veces se cazan en fosas hechas á propósito, y ocultas bajo una leve cubierta de ramas y musgo.

(Se concluirá.)

FONTIBRE.



Aquellos de mis jóvenes lectores que conocen ya la geografía de España, no ignorarán el nombre de Fontibre, que sirve de encabezamiento á este artículo; y para aquellos que todavía la ignoran, diré desde luego que Fontibre es el manantial más importante y principal del Ebro. Dicho manantial está en los montes de Reinosa é inmediato á la ciudad del mismo nombre. Se halla, por consiguiente, como fácilmente podeis figuraros, situado entre elevadas cumbres, algunas de ellas cubiertas de eternas nieves, que alimentan el manantial del Ebro.

En un valle pintoresco y delicioso, rodeado y cubierto casi por completo de frondosos árboles, avellanos, encinas, robles y arbustos, y de zarzas y espinos, muy espesos y punzantes, en valle tan hermoso aunque algo desagradable por las espinas, tiene su cuna el gran río Ebro. Es digno de ver cómo las aguas se precipitan, y cual si estuvieran en ebullicion, salir á borbotones de entre la yerba y los zarzales y abrirse paso al través de estos. De lejos se siente ya el murmullo de las aguas al salir precipitadamente de las peñas que las tenían encerradas, y el viajero se pára sin quererlo, no pudiendo ménos de admirar las obras tan maravillosas del Sumo Hacedor.

Las aguas procedentes de dicho ma-

nantial no serian, sin embargo, suficientes para formar el caudaloso río que baña á Zaragoza y desemboca en el Mediterráneo: es menester que en su camino hácia el mar se aumenten con infinidad de arroyos y riachuelos tributarios para formar el gran río Ebro, tan conocido de todos, y que ya por su largo curso, ya por la abundancia de sus aguas, dió en la antigüedad nombre á toda la península IBÉRICA.

LA CARIDAD Y LA GRATITUD.

Si me presta sus favores
Precisa y fiel la memoria,
Voy á contaros la historia
De un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la leí,
Y ganó mi corazón;
Pero prestadme atención:
La historia comienza así:
—Por la rápida pendiente
De una montaña sombría,
Un débil arroyo huía
De la furia de un torrente.

Despeñábase violento
Y con rapidez tan suma,
Que convertido en espuma
Iba en las alas del viento.
De tan penoso camino
El pobre arroyo cansado,
Llegó á la márgen de un prado
De la montaña vecino,

Donde en diversos colores
Alzando sus sueltos talles,
Formaban listas y calles,
Mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera
Detuvo, formó un remanso,
Y apenas tomó descanso,
Murmuró de esta manera:

—«¡Triste de mí! Mal intento
Salvar mi clara corriente...

Es poderoso el torrente,
Y sigue audaz y violento.

»Y entre sus ondas oscuras,
Por breñas y peñascales,
Turbios irán mis cristales,
Perdidas sus ondas puras.

»En vano de la montaña
Abandono el seno inculto...
¡En dónde, en donde me oculto
De su poderosa saña!»

Calló el arroyo, y sentido,
Dice la historia, y pausado,
Por los recintos del prado
Se oyó volar un gemido.

Y al soplo del aura fieles,
Doblando los sueltos talles,
Abrieron sus mansas calles
Mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor
Del arroyo y las congojas,
Unieron sus verdes hojas
Para ocultarlo mejor.

Él, viendo tales favores,
Y llorando de ternura,
Se ocultó entre la espesura
Que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,
Cuando silencio reclama,
Se tendió la verde grama
Para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado
Salvó su clara corriente

De la furia del torrente
Entre las flores del prado.—
Aquí, sin que la fatigue,
Recuerda bien mi memoria
Que haciendo punto la historia
De esta manera prosigue:

—Viéronse desde este día
Á las bienhechoras flores
Lucir más bellos colores,
Más pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
Eran, y tanto admiraban,
Que de muy léjos llegaban
Por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido
Tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
Su corriente tan serena;
Y ellas murieran de pena
Sin su dulce compañía.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

BOCHAS.



Voy á enseñaros un nuevo juego
muy divertido, que pocos ó ninguno
conoceis todavía; el juego de *bochas*.

Poco nos importa el origen de la

palabra bocha; lo que necesitamos decir es el uso que se hace de lo que significa. Pues bien; las bochas, en términos de juego, se *calan*, es decir, se lanzan unas contra otras. Desde luego se coloca la bocha entre la primera falange del dedo pulgar y el medio del índice de la mano derecha. Cuando solo se trata de calar las bochas, se juega entre dos: el primer jugador lanza su bocha á cualquier distancia: el otro desde el mismo sitio procura tocar con la suya á la primera, y si lo consigue se le dá una. El primer jugador apunta á su vez á la de su adversario, y así continúan.

Hé aquí la otra parte. Se traza un círculo, dentro del cual cada jugador pone tantas bochas como se ha convenido de antemano. Muchos jugadores calan su bocha desde el mismo sitio y juegan sucesivamente. El hacersalir una bocha fuera del círculo permite al jugador el volver á principiari; de suerte que un buen jugador puede limpiar el círculo ántes que sus compañeros empiecen. Toda bocha arrancada del círculo pertenece al que la ha tocado; pero si su bocha queda dentro de aquel, el jugador, no solamente deja de jugar, sino que, cuando ha ganado algunas bochas, tiene que volverlas al cerco. Si un jugador acierta con su bocha á la de otro, este queda fuera del juego, y si ha cogido algunas bochas, debe entregárselas al jugador que ha tocado á la suya.



EL OSO.

(CONCLUSION.)

Los osos manifiestan bastante ternura y cariño para con sus iguales, cuidándolos y protegiéndolos lo mejor

que pueden; y en algunas ocasiones han dado pruebas de afición y simpatía hacia los niños. En un pueblo de Norue-

ga, dos niños se habían alejado de su casa; buscóseles por todas partes, y por fin en la selva vecina, con el mayor espanto y asombro, encontráronlos sus padres jugando con un oso. Uno de los niños le daba de comer, el otro se había montado sobre sus lomos, y el animal correspondía con las más amistosas caricias á su infantil confianza. En el colmo del terror los padres lanzaron un grito que hizo huir al feroz compañero de juego de sus niños.

Otro encuentro de carácter más peligroso referían poco há los periódicos americanos. Dos jóvenes señoritas fueron á cazar pájaros en las vastas selvas que rodeaban la quinta de su padre. De repente se encontraron con un oso, que salía del hueco tronco de una secular encina que había escogido por domicilio.

Huir era imposible; los leves perdigones destinados á los pajaritos apenas le arañarían la espesa piel; á dos pasos de las muchachas se pone de pié, alargando las terribles patas delanteras para dar el abrazo mortal. En tan grave peligro, la mayor de las jóvenes se acuerda de su cuchillo de monte de dos filos; instantáneamente lo desenvaina, y con la rapidez del rayo lo hunde en el pezcuezo de su terrible enemigo con tanto acierto, que este cae muerto á los piés de la joven. La velluda piel es ahora el mejor adorno del tocador de la joven, á quien sus amigas envidian mucho tan glorioso trofeo. Pero vosotros creo no le tendreis

envidia por una prenda conquistada en tan terrible lucha.

CIENTO POR DIEZ.

Era una clara y hermosa tarde del mes de Junio. Había llegado el día en que el pequeño Federico debía salir de su obrador para no volver más. No fué despedido por haberse portado mal, sino porque un hermano de su amo solicitaba el empleo para su hijo. El pobre muchacho tenía que ceder el sitio al sobrino del amo; no había remedio.

Aquella tarde fué un continuo martirio para él; y cuanto más se acercaba la hora de salida, tanto más fuertemente latía su corazón, al considerar que la ocupación se había concluido y no sabía donde encontrar otra. Cuando el amo le llamó para pagarle el último salario, se entristeció su mirada; poco faltó para que llorase. Embebido aquel en conversación con otros comerciantes, no le observó, y sacando un billete de su gaveta se lo entregó al joven, que sin mirarlo siquiera lo recibió, se despidió y se fué á su casa.

«¡Diez duros!—dijo suspirando,—pronto se habrán gastado, sino encuentro otro empleo. ¡Ay! ¿cómo podré sostener á mi querida madre?» Pero, repentinamente se pára horrorizado—«¿qué es esto?—esclama, mirando el billete;—¿no es de diez duros, es de ciento!» Más ¿cómo se habría equivocado su amo? ¡Ay! La interesante conversación

con los comerciantes seria la causa. «He de volver este billete, me quema las manos; no quiero lo que no es mio, no quiero robar dinero á otro, ni la paz á mi alma.»

Y dicho y hecho. Acelerando el paso volvió á la tienda y encontró al amo á la puerta hablando aún con los mismos señores, pero próximo á despedirlos. Cuando se hubieron ido, se le acercó tímido y confuso, balbuceando en voz baja, como si fuese culpable. «Señor, Vd. me ha dado cien duros en lugar de diez.»

«¿Cómo?—contestó éste sorprendido—ciento en vez de diez,» pero mirando el billete, añadió en seguida: «Guárdalo, lo que te dí es tuyo, puedes emplearlo como quieras,» y le despidió sin darle tiempo para expresar su agradecimiento.

Federico se fué á casa, agitada su mente por la alegría al par que por la angustia. Entretanto el rico comerciante, recostado en su sillón, hacia reflexiones sobre lo ocurrido: «Nunca me pasó tal cosa, ¡ciento en lugar de diez! Pero el jóven tiene tacto; hoy me ha gustado más que nunca; es honrado y aplicado. Bien merece los cien duros. Quisiera saber lo que dirá su madre; nunca habrá visto un billete de tanto valor.» Y al figurarse la sorpresa de la pobre viuda, exclamó: «Acaso mandará al muchacho para devolverme el dinero; esto no debe ser;» y tomando su sombrero se encaminó con paso acelerado á casa de Federico. Figuráos la

consternacion de los pobres al ver entrar en su humilde boardilla al principal.

Pero éste la cambió pronto en alegría y júbilo. Estrechando la mano de la pobre mujer, colocó la izquierda sobre el hombro de Federico diciendo: «Este jóven es buen muchacho y digno de recompensa. Ha sido fiel sobre lo poco; yo le recomendaré á un buen amigo mio que le pondrá sobre mucho.» Así sucedió. Federico entró en una nueva casa y llegó á ser el cajero y confidente del más importante fabricante de la capital.

*Honradex es buen tesoro
Vale más que mucho oro.*

EL JARDINERO Y SU AMO.

En un jardin de flores
Habia una gran fuente,
Cuyo pilon servia
De estanque á carpas, tencas y otros
(peces.

Unicamente al riego
El jardinero atiende,
De modo que entretanto
Los peces agua en que vivir no tienen.

Viendo tal desgobierno,
Su amo le reprende;
Pues aunque quiere flores
Regalarse con peces tambien quiere.

El rudo jardinero
Tan puntual le obedece,
Que las plantas no riega
Para que el agua del pilon no merme.

Al cabo de algun tiempo
El amo al jardin vuelve,
Halla secas las flores,
Y amostazado dice de esta suerte:

«Hombre, no riegues tanto
Que me quede sin peces;
Ni cuides tanto de ellos
Que sin flores me dejes.»



LA ORACION.

Cornelia no habia experimentado aun las amargas de la vida; y los dias de su juventud eran tranquilos y serenos. Pero, por desgracia, enfermó su madre y tuvo que guardar cama por largo tiempo, pues la fiebre era tan intensa que trastornaba su razon. La jóven velaba por la noche al lado de la cama de la enferma, á quien prodigaba los más exquisitos cuidados, poseida de la mayor angustia. El séptimo dia de la enfermedad, la calentura era mucho más intensa; y todo era silencio, y todos lloraban á escondidas, persuadidos de que se acercaba el úl-

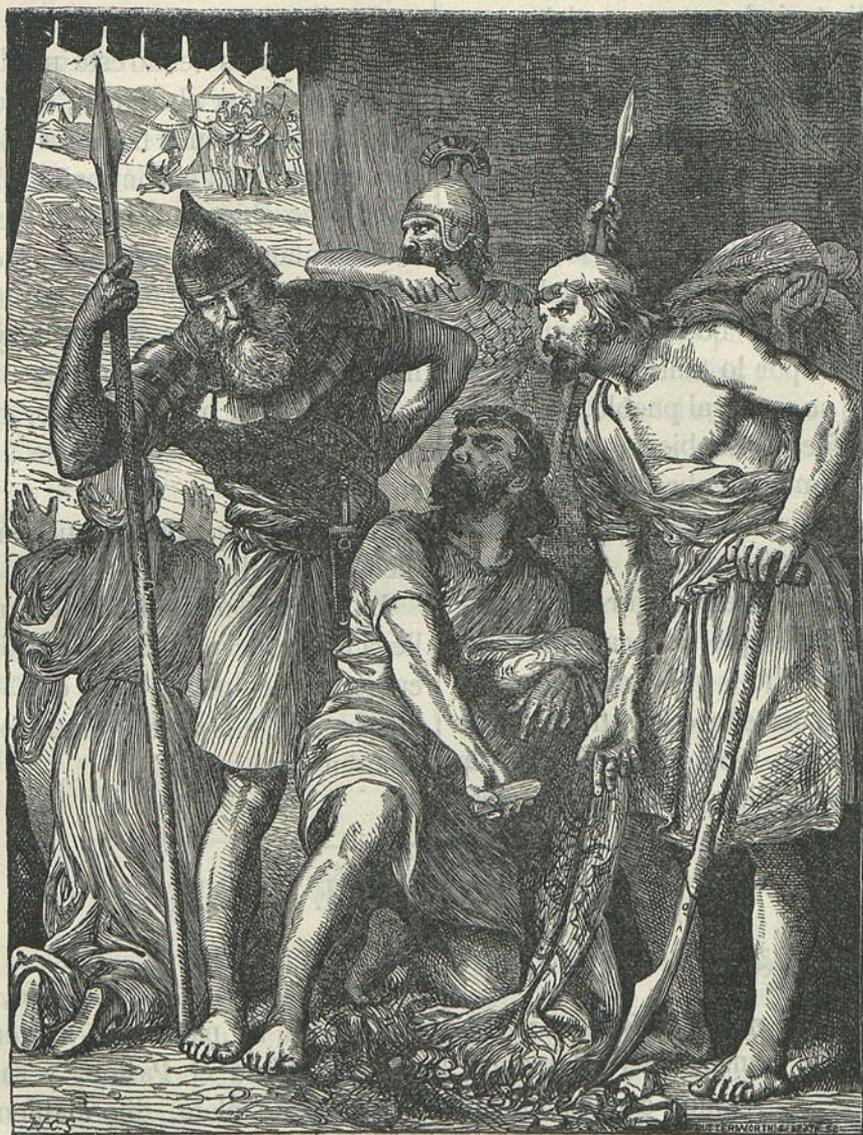
timo momento de la pobre madre.

Mas por la noche cayó en un sueño reparador, que con el reposo devolvió la vida á su desfallecido cuerpo. Cornelia, sentada en la cama al lado de la madre, escuchaba en silencio la respiracion de la enferma, con el corazon lleno á la vez de angustia y de esperanza. Al amanecer abrió la madre los ojos y dijo: «estoy bien y espero restablecerme.»

Tomó algun alimento, bebió, y quedó dormida de nuevo. Entonces se inundó el alma de Cornelia de indecible alegría: sale del cuarto, atraviesa los campos y sube á la colina, cuando aun duraba el crepúsculo de la mañana. Agitada por los encontrados sentimientos de temor y esperanza, vino la aurora á teñir con su color sonrosado el rostro de la jóven que permaneció un momento reflexionando acerca de la animacion recobrada por su madre despues del sueño reparador, y acerca de la angustia que habia experimentado. Pero siéndole imposible contener por más tiempo encerrados en su corazon estos sentimientos, dobló las rodillas sobre las flores de la colina, inclinó la cabeza, y mezcló sus lágrimas con el rocío del cielo.

Despues de un momento de religiosa contemplacion y de ferviente oracion, levantó su cabeza y volvió á la habitacion de su madre: entonces estaba Cornelia más bella y hermosa que nunca, porque habia hablado con Dios.





EL HURTO DE ACHAN.

Solo uno hubo en todo el pueblo de Israel que, impulsado por la avaricia, desobedeció despues de la insigne victoria que acabo de referiros, el mandato divino. Habiendo ordenado Dios que todos los despojos de Jericó fue-

sen consagrados á su servicio, Achan se apoderó clandestinamente de un manto de púrpura, un lingote de oro, y cierta cantidad de plata, ocultándolo todo en su tienda debajo de tierra. Nadie habia presenciado este hur-

to, nadie tenia la menor noticia; pero Dios, que lo ve todo, lo sabia y lo descubrió muy pronto.—En la próxima batalla los Israelitas fueron derrotados vergonzosamente, y cuando Josué desesperado preguntó á Dios el por qué les habia sido negada la victoria, recibió la respuesta de que uno del pueblo habia robado del botin consagrado á Dios, y que por lo tanto Dios no prestaria más su ayuda al pueblo, hasta que el ladron fuese descubierto y castigado.

Pero ¿cómo descubrirlo entre tantos miles de hombres?

Josué reunió con este fin las doce tribus y echó suertes entre ellas, rogando á Dios que le tocara precisamente á la tribu á que perteneciera el ladron: la suerte tocó á la tribu de Judá; del mismo modo designó luego la suerte la parentela, despues la familia,

y por último la persona misma del ladron. Entónces viendo éste que de nada le serviría negar el crimen, lo confesó.

Enviados algunos hombres á la tienda del criminal, encontraron efectivamente los objetos robados. Achan y toda su familia, que habian tomado parte, si no en el robo, en la ocultacion, fueron sentenciados á muerte, y el fallo se ejecutó inmediatamente.

No hay falta ni pecado, por ocultos que sean, que Dios no saque á luz á su tiempo.

Los que lo encubren participan tambien de la culpa y del castigo.

La confesion de la falta cometida llega tarde, despues de haber sido descubierto el culpable. Para que sea válida ha de confesarse, cuando todos la ignoren aún.

LA OBRA DE DIOS DEBE HACERSE.



N el año 1840,—cuenta un misionero,—tuve una reunion con los miembros de mi iglesia, para tratar de reunir los fondos necesarios para la construccion de una nueva capilla. Los concurrentes indicaron uno tras otro la cantidad con que podian contribuir.

Cuando tocó el turno al labrador

Fitgerald, se levantó de su sitio, y cojeando con su pierna de madera, se adelantó hácia el Pastor, y sacando una pieza de plata, dijo afablemente: «Esto es por mí.»

«Puedes quedarte con tu dinero por ahora,—dijo el misionero,—solo quiero saber con cuánto puede contribuir cada uno; en otra ocasion recogeré el dinero.»

«Sí señor,—replicó el labrador,—pero la obra de Dios debe hacerse, y yo puedo morirme.» Y dicho esto,

metió su mano en otro bolsillo, y alargando un puñado de dinero, exclamó: «Esto es por mi mujer.» Y en seguida sacó por tercera vez una pequeña suma, diciendo: «Esto por mi hijo.»

Formaban las tres porciones un total de cincuenta pesetas, cantidad muy considerable para un pobre labrador impedido, que llevaba una pierna de madera. Sin embargo, sus palabras me eran de más valor que todos los tesoros del mundo. He oído en mi país discursos de elocuentes oradores, cuyas palabras penetraban como dardos en el corazón; y no obstante, ninguno me hizo tanta impresión como aquellas breves palabras del pobre negro. ¡Ojalá nunca las olvide! Ellas han de permanecer en mi corazón y ser el lema de toda mi vida: *¡La obra del Señor debe hacerse: yo puedo morir!*

RESISTIR HASTA LO ÚLTIMO.

Un joven artesano de la ciudad de Santander se distinguía entre sus compañeros de oficio por su conducta irreprochable y sus modales formales y atentos. Algunos de sus compañeros de taller, dados á la bebida, hacían todo lo posible para inducir al joven á que bebiera, afirmando que solo así llegaría á ser un hombre hecho y derecho. Mas este, sin prestar oído á tan seductoras palabras, permaneció fiel á su conciencia, confiado en aquella promesa del apóstol: «El Señor sabe librar de la tentación á los piadosos.»

Un día, estando ausente el maestro, los malvados renovaron sus esfuerzos para inducirle á que fuera con ellos y bebiera; y no obedeciendo este á sus persuasiones, se le llevaron á la fuerza. El joven no opuso resistencia á tan violento acto, diciéndoles tranquilamente: «Lo que exigís de mí es contrario á la razón y no puedo nunca consentirlo; mi conciencia me lo impide.» Furiosos al oír tal respuesta, le sujetaron completamente. Uno le agarró de los brazos, otro de las piernas, mientras el tercero trató de verter el aguardiente en su boca. El muchacho sufrió todo con paciencia, y solo contestó: «Ningun mal os he hecho, ni quiero haceros; podeis hacer lo que querais contra mí, pero sé que Dios está conmigo, y él me protegerá.»

Como un rayo atravesaron estas palabras el corazón del que tenía el vaso, siéndole imposible llevar á cabo su infame acción. Momentos después confesó con lágrimas que estaba como fuera de sí, y que apenas sabía lo que hacía. Dos veces intentó verter el líquido sobre los labios del muchacho, pero el brazo se negó á obedecer como detenido por una fuerza misteriosa. Abandonó repentinamente su intento, exclamando: «Nada puedo lograr; es pecado lo que estamos haciendo.»

A estas palabras, los demás soltaron también al joven, que se fué tranquilamente á su casa, alabando á Dios por la protección que le había dispensado.

Cantad alegres al Señor Mortales

Cum-plien - do tu pro - me - sa, oh Dios, Del cie - lo el
 san-to Es-pí - ri - tu Con - so - la - dor en - ví - a -
 nos En quien te co - mu - ni - cas Tú.

2. Los corazones llenos de El
 Se inflamen en sagrado amor:
 Te lo pedimos, porque fiel,
 Sabemos, eres tú, Señor.
3. Imploran esta bendicion
 Los que tu sangre redimió;

- No nos despidas sin perdon
 Tú, cuya muerte nos salvó.
4. Los cuerpos nuestros, Dios, serán
 Tus templos; nuestra voluntad,
 Todo el deseo, todo afan
 Conságrese á tu Majestad.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales.
 Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Ja-
 cometrezto, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñon 7.